

# ALJABA

ARTE Y LITERATURA



JAEN  
1952

JOSÉ ALBI ♦ PEDRO ARDOY ♦ JOSÉ M. CARDONA ♦ J. FERNÁNDEZ ARROYO ♦ E. RUIZ PARRA ♦ GREGORIO PRIETO ♦ FEDERICO MUELAS F. MARTÍNEZ LLÁCER ♦ JOSÉ M.º RODRÍGUEZ MÉNDEZ ♦ MARIO ANGEL MARRODÁN ♦ LEOPOLDO DE LUIS ♦ RAUL GONZALO VÁZQUEZ MARIO CAJINA-VEGA ♦ F. GARCÍA PAVÓN RAFAEL ZABALETA ♦ MERCEDES CHAMORRO MARIO ALVAREZ ORTIZ ♦ J. A. SUAREZ DE PUGA

NOVIEMBRE  
7  
DICIEMBRE

HACEN "ALJABA"

EMILIO RUIZ PARRA  
FRANCISCO MARTINEZ LLÁCER  
MARIO ALVAREZ ORTIZ

ADMINISTRA:

CESAR LUNA VILLACAÑAS

Portada: GREGORIO PRIETO

Contraportada: NUÑEZ CASTELO

Dirección:  
Espartería, 11

Administración:  
Fermín Palma, 18 - 1.º izqda.

# LE VERT GALANT

Una dulce pareja, pálidamente rosa, de enamorados.

También enamorados hay aquí, junto al río, bajo la verde y callada quietud de los árboles.

Enamorados con un banco, una leve cintura para un brazo,

y todas las estrellas y los cielos girando en torno, acompasadamente.

Enamorados así hay en mi pueblo, y en aquel otro, de nombre insospechado, que señalo en un mapa con el dedo,

y en todas las esquinas y en todos los jardines de la tierra.

Tierra que aquí casi no es tierra.

Que es agua que se va, arrastrando hasta el mar cúpulas, rosas y palabras ligeras como brisa.

Isla en la isla gótica y dorada de flores y de piedra.

Arroyo entre las manos, que se va para siempre.

El amor se hace nave y se lo lleva el río.

Agil proa en los ojos y en la luz que se afila desde los ventanales de Notre-Dame

hasta la remansada tibieza de los dedos que se entrecruzan;

saeta que se clava en el cielo reflejado en un agua sucia de nubes y de días.

Muchas tardes me gusta remansar mis andanzas, y sentir como el agua se me lleva los ojos: los ojos, los recuerdos, el alma.

Río abajo, hasta el mar. Y la Cité se queda anclada entre sus puentes,

acodada en las lentas barandillas del aire.

Si otro París me duele, otro París me acoge. Me hace bien esta suave mansedumbre de Septiembre,

y este tímido sol, enamorado, buscando un banco, una cintura, un río por donde irse dejando su tibieza.

Este martes, medio azul, medio gris, sin museos ni amigos,

se me está compartiendo entre el amor ensimismado y dulce de estas cuatro parejas,

y esa tiernísima insignificancia de saberme feliz y un poco triste.

José ALBI

(Del libro inédito "Septiembre en París")

José Manuel CARDONA

# LA POBREZA ABSOLUTA

Lo peor es no tener nada.  
El corazón se le ha secado al hombre;  
al hombre que no está, que ya no tiene  
un surtidor de jugo desde dentro,  
para chorrear por el alma  
todo un humano amor.

Lo peor es no tener ya caridad;  
no tener un sollozo;  
no tener un temblor  
ni para uno mismo.

Lo peor es no tener nada,  
y estar solo, tan solo  
que no se tenga ni dolor que callar,  
ni lágrimas  
para nutrir el desconsuelo.

Lo peor es no tener ni alma  
en que sentir el arañazo del dolor.  
Y no tener ni corazón en donde se retuerzan  
como serpientes mudas las angustias del hombre.

Lo peor es no tener ni a Dios,  
porque se va, perdido  
en una niebla fría, más negra que la noche más negra.

Lo peor es no tenerse, no encontrarse a sí mismo;  
No saberse.

Es lo peor: lo peor es no tener ya al hombre,  
y no poder dejar de vivir nuestro hombre.

Pedro ARDOY

Del libro «Silencio hacia Dios»  
próximo a aparecer.

# LA LLUVIA SOBRE EL MAR

La lluvia sobre el mar como un jinete  
desnudo. Vertical del horizonte  
por las brumas. La lluvia hecha de nardos  
y de gotas de ámbar.

Cortina de humos, ceñida de vientos  
como túnica airosa dibujando  
el contorno de un cuerpo. La cabeza  
descubierta mojada de gotas como esquirlas.

Un recuerdo agradable  
—música tenue—se alza de lo hondo.  
Los sueños, el pasado, se despiertan,  
de nuevo. Agil la vida pega un brinco.

Respira por las venas. Sobre el mar  
sigue cayendo la lluvia. Los barcos  
asemejan gaviotas heridas en el puerto.  
Los marineros cantan con la mar en los labios

José Manuel CARDONA

# LA OLVIDADA VOZ

Es triste, por la noche,  
encontrarse uno mismo con su voz de repente,  
con la olvidada voz, entre las sombras,  
en esa hora ciega, en que se elevan  
los minúsculos seres inferiores,  
los seres de las cosas familiares,  
que suben por los muros,  
se columpian felices en las lámparas,  
corren por el lavabo y los espejos  
y hacen pequeñas cosas y ruidos imprecisos.

La voz empieza tímida,  
igual que si llegara de lejísimos sitios,  
y vemos que es la nuestra, nuestra voz olvidada.  
Entonces se levanta y roza por los labios,  
y corre a nuestros ojos, se enreda en nuestro pelo,  
y nos habla de cosas que cuesta gran trabajo comprender vagamente.  
Estamos en el lecho, rodeados de sombra,  
rodeados de seres que agrandan el silencio  
y la voz nos inquieta como si fuera extraña.  
Avanzamos la mano para estar más seguros,  
tocamos levemente los flecos de la colcha,  
pero la voz murmura, dice cosas, se calla,  
y canta nuevamente algo que ya olvidamos.

Los objetos perdidos  
aparecen de pronto encima del armario  
y la voz los recorre diciéndoles sus nombres.

La voz sigue subiendo,  
sigue la voz rozando la sudorosa frente,  
y asustados nosotros, dudamos si es la nuestra,  
nuestra olvidada voz que de improviso clama.

Queremos escaparnos por un resquicio estrecho,  
tocamos la mesilla buscando la pistola,  
pero la voz, de pronto, se calla nuevamente  
y el silencio crecido se cuelga de las cosas  
y se paran los seres minúsculos que viven.

Volvemos a la almohada, que aún conserva caliente  
el hueco de la nuca y el sudor del espanto.  
Pensamos que se ha ido la voz perseguidora,  
pensamos que se han muerto los seres inferiores,  
y nuevamente el sueño concilia nuestros ojos.  
Pero la voz penetra los umbrales nocturnos  
y en nuestro sueño clama como una corza herida.

Entonces la mañana se asoma a las cortinas  
y vamos al lavabo liberados y alegres,  
y una voz ignorada  
canta frente al espejo mientras nos afeitamos.

José FERNANDEZ ARROYO

# EN TORNO AL ARTE DE GREGORIO PRIETO

(APUNTES PARA UN ENSAYO EN PREPARACIÓN)

Siempre he pensado que, al margen de toda conclusión crítica más o menos adecuada, el artista—plástico, o poeta—es un inevitable seguidor de la línea que de antemano ha trazado el Destino. Es una línea uniforme. Gráficamente, para mí, una espiral. Dios va soltando la hebra, y el artista, planeta, acaricia su órbita. El radio es diverso, y el latido cada vez más hiriente; hasta que de un modo definitivo, la saeta se clava en el corazón de su misma mano. Pero antes fueron visitados por la línea todos los puntos estéticocardinales de antemano marcados.

Esto, que a primera vista puede parecer un tanto abstracto, es cosa de la que yo he hablado con Prieto en más de una ocasión, refiriéndome a su arte. Recuerdo que sobre ello escribí hacia 1947 en una revista castellana,—cuando Gregorio volvió de Inglaterra—, tomando como base tres de sus cuadros más "cardinales". Después, cuando el artista expuso en Barcelona en el Instituto Británico, hubo quien coincidió en cuanto yo había expuesto. No es que esta confirmación sea imprescindible, ni menos necesaria, para esbozar una teoría; por el contrario, yo creo que la confirmación en todo caso ha de ser del artista, y la obra de Prieto lo confirma.

Tal vez, como dice Aleixandre, para el artista en cierto modo solar el tiempo no exista. En un modo solar, que pudiera parangonarse con lo absoluto (dentro de la relatividad de un orden astronómico). Pero queda lo accidental. Lo que se piensa desde fuera como pura accidentalidad y que, a veces, viene a marcar toda una profunda huella, y aún más: todo un rumbo a la evolución estética. Porque yo creo que todo está en la obra en función de lo cronológico; no por lo cronológico en sí, sino por las circunstancias que consigo lleva.

Permítaseme decir, antes de nada, que Gregorio Prieto es un poeta. Un poeta, no ya de la línea—"Poesía en línea" se llama uno de sus libros—, sino también del pincel. Y ello al margen de su casi desconocida producción lírica que yo creo nada despreciable. Esta condición de poeta, don anterior a toda técnica, es la que cobija y distingue, antes que nada, la línea de su arte.

A mi modo de entender, la pintura de Prieto arranca de la impresión, hacia la expresión. Recorre, pues, un camino que arrancando de lo externo se vierte en los lienzos reflejado con una visión y un reencuentro puramente físico. Es el momento de los cuadros de la Mancha. De los cuadros primeros, naturalmente. No es lugar el de estos apuntes para un desarrollo amplio y en concreción. Pero ahí están sus calles blancas y desiertas; ahí están los campos sobre los que los molinos se empinan, en los que hay ya una profunda, soterrada aspiración poética, dentro de su bruta hermosura. La dura aspereza de la topografía se filtra, impresiona... Este es el factor dominante: un factor ancestral.

Gregorio Prieto es un pintor en quien la circunstancia aflora de modo inmediato, en tanto la raíz lírica, poética, va fortaleciéndose. Es entonces cuando marcha a Roma y Grecia, y surgen sus cuadros más adheridos a esta plasticidad poética, a la captación lírica fugaz, en flor de evocaciones ¡Esa evasión de luz lunar, somnolienta, de las ruinas arcaicas!.. Hay aquí un resplandor místico. puramente. Y de aquí puede arrancar—y creo que arranca—esa ascensión diluida, desprendida del dolor, de sus dibujos en línea.

Aquí, en este segundo giro—y no se entienda por cambio radical, sino por continuidad estética conectada a una cronología agente—es cuando, quebrado el paso primero, suavizado el espíritu del artista (el espíritu, que no el modo de manifestarse y su técnica) se nos acerca al lienzo lo que refiriéndome a Prieto he llamado expresividad pasional. La pintura que catalogo en este estadio, es de una total sensorialidad: habla al espíritu—ha dicho Vicente Aleixandre—"con un lenguaje misteriosamente carnal".

Todo esto—unido a la magistral serie de dibujos interpretativos de Shakespeare y el "Paraiso" de Milton—es lo que viene a cerrar una época y un impulso, emanación poética y dispersa por todo el atlas espiritual de más de tres lustros. Es en ciertos aspectos una paganización romántica a través de un cálido panteísmo poético.

A partir de aquí—1948—vuelve aparentemente a producirse un nuevo giro, éste más radical. El pintor ha regresado a España, y se ha unido a sus tierras y a sus hombres. Con un salto en el tiempo, desde su vigorosidad puramente térrea ha pasado a una avalancha cósmica, telúrica. Por aquí está toda el alma, y con el alma toda la fuerza. Recuerdo su "Calle de la libertad", solar y ascética. Recuerdo los "Toros de Guisando". Y sobre todo esa emoción retumbante, llena de ecos internos recogida en los "Molinos de Consuegra", cuya magia explica, en su unción agobiadoramente lírica, la metáfora cervantina de los gigantes. Aupados sobre la tierra, Dios mueve las aspas, y todo un mundo gira a su alrededor...

Emilio RUIZ PARRA



# PAGINA VIEJA

Llegas sobre la oscura soledad de los aires  
Las copas de los árboles se pueblan de aves  
Llegas ... Ese cordón azul que te trae la distancia;  
esa arena que empieza a corroer tu vida;  
esa escarlata débil de los atardeceres;  
la alta constelación que permanece yerta;  
la húmeda algarabía del trigo prematuro  
y el cisne desteñido de tu breve sonrisa.  
Las rosas de papel no saben estar solas  
ni el espejo mirar como miran los hombres;  
el viento necesita dóciles lejanías  
y la mañana tierras donde mullir su jugo.  
El humo se aproxima tan diestro a la mentira  
que nadie se libera de sus manos atroces;  
los niños encanijan el curso del arroyo  
y las piedras empiezan a pensar en la tarde.  
Pasabas y la tarde te iba siguiendo mansa  
como perro o cisterna donde el día se queda;  
banderolas sabidas izaban los ponientes.  
La eternidad suspira como una diosa encinta.  
Vénganos la desgana de ser como las rosas,  
de sentir inquietudes por la coraza lenta  
que se pone la tarde salpicada de pájaros.  
No temas el desagüe que lleva a la locura  
ni adornes los vasares del quehacer cotidiano.  
Espera el aldabón que llame en tu sorpresa  
como viento o murmullo cansado de estar solo,  
mientras abren su caja los adioses.  
Venid a la paciente cortesía o tormento  
que dice gota a gota palabras enseñadas.  
Serenando deslumbres, el halcón ascendía  
mientras la torrontera desollaba el paisaje,  
y eran las simpatías tristes cestos maltrechos  
con el pan mal migado de la desconfianza.  
Cuerpo a tierra la alfombra aprende de los sioux  
y el reloj aconseja tenaz a las paredes;  
la escoba se adecenta con modas de otro tiempo  
mientras tú coleccionas como sellos lejanos  
besos o sangres secas, líquenes de otros días.  
Y yo, o mi corazón, colegial aterido,  
se emboza, mientras vienen a su encuentro  
fuegos fátuos en página de silenciosas luces.

Federico MUELAS

José M. RODRÍGUEZ MENDEZ

# PAJARO NEGRO

Llegas sobre la oscura soledad de los aires.  
Las copas de los árboles se pueblan de temblor.  
Llegas sobre los ojos y sobre las mejillas  
en la triste ciudad de los enfermos

Esta lluvia que cae, silenciosa, en la noche  
quizás no sea más que lluvia. Pero siento  
ya tu proximidad entre coronas,  
y entre cráneos, tu vuelo negro, vuelo.

En la ciudad dormida, los relojes parados.  
Las torres con un sueño de campanas y flores.  
Tú caes sobre nosotros, pájaro negro, en vuelo  
inmenso, a abrirnos hondas raíces en la carne.

Un agua oscura llora por todos los rincones.  
Ya despiertan los muertos que duermen junto al mar.  
Rechinan dientes. Suenan cadenas. Son las bocas  
de la carne que gime hacia la alta luna.

Un pozo seco, un vaso sin agua, una caverna:  
Cuando extiendes las alas, nos inundas de sombra.  
El corazón se para ante el oscuro abismo,  
y las estrellas lloran en la noche de Junio.

Francisco MARTINEZ LLÁCER

## HISTORIA DE ESPAÑA

Se oyó una voz de allá, de las montañas  
como se oye debajo de las nieves  
el clamor de las aguas que aún existen  
en las cumbres más altas de la sierra.

¿Por qué me dió la tierra con su oído  
este grito de siglos, anunciando  
un arcángel de niebla desprendido  
de las cumbres más altas de la sierra?

Todo fué un atropello de caballos,  
machacando la hierba y empujando  
más allá, siempre allá, tribus y pueblos  
hacia las cumbres de las altas sierras...

Empujándose igual que la mañana  
se empuja con el día, y al contrario,  
empujándose siempre y ¿hacia donde?  
¿a las cumbre más altas de la sierra?

¡Oh nuevo vendavall! Grito de miedo,  
atilano terror de las estepas,  
¿a dónde los clamores y los odios?  
¡A las cumbres más altas de la sierra!

José M.<sup>a</sup> RODRIGUEZ MENDEZ

## LEOPOLDO DE LUIS

Obras: "Sonetos de Ulises y Calipso" (separata en "Garcilaso", 1944); "Laurel" (separata en "Entregas de Poesía", 1946); "Alba del hijo" (col. "Mensajes", 1946); "Huésped de un tiempo sombrío" (col. "Norte", 1948); "Los imposibles pájaros" (col. "Adonais", 1949); "Los horizontes" (col. "Planas de Poesía", 1951); "Elegía en Otoño" (inédita).

Nació en Córdoba en 1918. Su niñez transcurrió entre Valladolid y Madrid, donde actualmente reside y desde donde lleva a cabo una labor más amorosa y digna en pro de la poesía. Hizo estudios de Bachillerato y Magisterio. Dirigió la desaparecida colección de poesía "Mensajes" y sobre todo, como verdadero amante de la lírica, hace reseñas de libros en "Insula" y "Poesía Española", aparte de otras revistas, colaborando con asiduidad y esmero en todas las actuales. Aparte esas dos primeras entregas de menor significado, los cuatro libros de Leopoldo de Luis nos dan con brillo cierto su personalidad de poeta inquieto y actual. Bajo el signo general de la forma clásica, donde está movida su estrofa por una fortaleza de sonoridad y composición rimada de un gusto excepcional, su contenido está impregnado de actualidad y puesto al punto a la sombra de los tormentos, desesperación y angustiada calamidad que invade al hombre de hoy día.

"¡Qué importa mi futuro cuando la lucha humana  
rueda siglos y siglos por la faz de la tierra!"

La ternura consolada y feliz del hijo se siente invadida muy pronto de un mensaje resignado y patético:

"Alba del hijo. El alma quiere  
como olvidarse de sí misma  
y reencontrarse en los espejos  
verdes del tiempo renacida".

El mismo, con plena conciencia de poeta y catador real de lo que cada entraña lleva en sí se presencia infeliz y desafortunado en las filas de una lucha comunal en aras por la salvación. Y canta con vocación muy firme y dolorosamente templada la fatalidad de unos habitantes de sombría época, de vacilante y débil tránsito desparramado con su virtud poética, apetecible unidora de ecos en guía a la verdad completa.

"Oscuros hombres vamos a la luz  
vamos a ramontar los hoscos sueños".  
"Solitarias angustias, hombres solos,  
vamos, hacia la luz, a comprendernos".

Pero donde más pleno y afirmativo aparece su cántico es en su libro posterior. Ahora se nos adentra más hondamente en el cauce del velo fugaz, de las horas transcurridas en un vuelo lírico de la más alta emoción y adoración expresiva. No sabemos si ha madurado la razón vital o mejorado la calidad natural de su quehacer poético, pero con la desolación que es albura—sentimiento de generalidad del pasto humano con meditada posición de realeza primaveral—y el himno que es noticia, el poeta se ha encontrado con su mejor carnalidad y adorable paso.

El último acento de su boca triste es el dolor, la amargura, la pasión del hombre víctima de su huída al término de los horizontes profundos y desgarrados de la adversidad que le persigue. Oscuridad, ceguedad, despojo, odio, nostalgia del ayer y pensamiento del mañana final y perdurable le hacen arcángel sombrío de la lágrima.

"No veis que el hombre marcha hacia la nada  
y que su frente como un sol se eclipsa".

"Tenían los ojos de piedra  
y el corazón de pena remota.  
Se movían como se mueven  
las tristes bestias silenciosas".

"¿Somos más que esa bestia ciega y triste?  
Qué olas de odio se alzan en la sangre".

"Pasa el soplo del tiempo. Es Dios acaso  
lo que duele en el alma mansamente".

El conjunto poético de Leopoldo de Luis, pues, se halla deliciosamente saturado de sabor y humanos principios. Conjunto entero con tersa suavidad del ritmo y absoluto dominio de la rima—hacia un clasicismo formal bien cultivado—que hondo, íntimo y consustancial a la batalla de la igualdad y el quehacer único de la grey ha captado por especial circunstancia su donada exaltación y la tersa balanza de nuestra niebla desnuda.

Mario Angel MARRODÁN

# La Luz

¿Eran tus ojos claros así, cada mañana  
mirándonos, prestándonos su país de dulzura?  
Eran tus ojos claros, Señor, era tu alegre  
llanto de clara lluvia.

De tus pupilas altas, para flotar ingrave  
la creación, nació el agua pura.  
La tierra desnudaba paisajes transparentes,  
campos bañados de azuladas músicas.

Los seres aurorales, nadadores felices  
en tu líquida cúpula.  
Un mundo claro, envuelto  
en la dorada bruma.

Eran cristal también los hombres, eran  
como esa vítrea urna.  
Trascendía la luz sus corazones  
hechos también de clara levadura.

La luz como una infancia que la frente  
con su feliz recuerdo bese y unja.  
Como una madre cuyo nombre  
entrecortadamente se pronuncia.

Pero la luz un día  
—oro pálido, azul de agua difusa—  
tiñendo en sangre tierras, hombres, paisajes, cielos,  
amaneció purpúrea.

Leopoldo DE LUIS



(De "Bandera de esperanza")

# Por este dulce amor

Caíste de un coral o de una lágrima,  
del carcaj del verano  
o de un cristal de vino enredado de fiesta...

No sé si te trajeron los arcángeles,  
o si estabas en mí  
desde antes que nacieran el líquen y el crepúsculo.

Perfecta en la ternura,  
mis senderos convergen en tu sueño  
y alimentas la luz  
que desde tí me inunda y me enceguece.

Me pregunto si acaso  
tu piel sea corola  
de alguna flor  
transformada por la ansiedad y el beso...

Dentro mi corazón  
la línea de tu rostro  
habla de pájaros y ríos...

Te conocen la herida y el silencio,  
la noche diluída por la lluvia  
y el paso de mi cuerpo peregrino...

Por este dulce amor,  
que hizo que despertaras a mis brazos,  
dejo en la orilla de tu sangre  
un silabario  
de estremecida llama y jubilosa vida.

Raul GONZALO VAZQUEZ M. (Bolivia)

## Las puertas se cierran al no reconocirme

"La Patria Amada..."  
(Himno de Nicaragua.)

He vuelto al hogar que me espera  
cuando yo regrese a la Patria Amada.  
He vuelto a mi hogar de mi niñez  
con el pensamiento. Ya no hay nada.

He desaparecido de la casa que viví,  
del caballo que montaba allá en Nicaragua  
y hasta el primer amor, escondido en sus años,  
no sale del rincón del olvido en que se halla.

La calle quizá sea la misma pero distintos  
niños van y vienen por ella.  
Me he visto caminar extranjero y las puertas  
se cerraban al nunca más reconocirme.

Quizá todo ésto sea. No sé cuanto tiempo  
soy o tengo. Quizá haya que volver  
y está bien; quizá vuelva de esta vez  
que lo recuerde.

Mario CAJINA VEGA (Nicaragua)

(De "Bandera de ausencia")

# EL FORD

(CUENTO)

Yo creo que cuando nací ya estaba en casa el Ford color verde aceituna. Por las tardes de verano, en medio del patio, Emilio —que era el chauffeur— lo lavaba con una esponja y una gamuza de esas que cuando se mojan brillan y están muy suaves, y cuando están secas, se ponen duras como un cartón. La abuela también ayudaba a lavarlo, porque quería que tuviese mucho brillo. Y cuando ya estaba limpio y seco, quedaba en el centro del patio brillante como un jaspé, dándole el sol en el parabrisas con muchos reflejos, y en el tapón del motor, que era una mujer con alas, niquelada, que mi tío la llamaba Victoria, y decía que era de Samotracia, que es un pueblo de los que ya no están en el mapa.

Estaba el Ford tapizado de cuero negro con botoncitos redondos de vez en cuando, haciendo bullones. Y no tenía cristales, sino celuloideos de esos con los que hacen las gafas de juguete y las púas de tocar las bandurrias. La bocina era muy hermosa, con la pera negra y tan gorda que yo no podía abarcar con la mano, y para tocarla tenía que tirarle pellizcos... y su forma me recordaba una cosa que no quiero decir. La trompeta de la bocina era muy larga y niquelada también, y sacaba un sonido muy señor, al decir de mi tío. También tenía el Ford un claxón, que era un botón que estaba debajo y a la derecha del volante, y al apretarlo sacaba un sonido bronco..., como si carraspease un hombre gigante. El volante era negro-azulado, bien redondo y suave; y debajo tenía dos varillas blancas que cuando se bajaban o subían hacían que el motor aprestase mucho. Tenía también el auto aquel, tres pedales muy altos, un botón para arrancar, que era como un ombligo sacado, y un freno que el tío decía ser muy duro... Lo que menos me gustaba del Ford era la manivela, demasiado fina, y siempre colgante como el rabo de un perro.

Cuando se ponía en marcha, comenzaba a retremblar un poquitín todo él, y hasta no acostumbrarse, parecía que era uno el que tiritaba. Y eso sí, al arrancar, y cuando el tío le bajaba y subía aquellas varillas doradas de debajo del volante, soltaba el demonio del auto unas pedorretas muy graciosas que asustaban a las mulas y a los caballos.

En junto, la vista del Forinche era simpática. Era más bien alto y fino, como los chicos de quince años, o las potrillas, o los buches, o los galgos jóvenes. Y yo no sé qué compostura tenían los asientos y los respaldos, que desde fuera, los que iban detrás parecían demasiado tiesos como si llevaran corsé o fueran sentados sobre el borde de alguna cosa. Por la trasera tenía un cristal grande y cuadrado, que era por donde los que se iban decían el último adiós con la mano..., y en este cristal había puesto mi tía un monito de lana colgado de un cordoncito, que iba siempre bailando cuando el auto marchaba, y si corría mucho, el muñeco se volvía loco de tanto zarandeo. La toldilla era brillante, negra, de cuero fino de zapato.

Cuando yo montaba en él para ir a la huerta o Argamasilla, disfrutaba mucho viendo cómo se asustaban las mulas y los caballos, y cómo los carreros nos echaban maldiciones cuando pasábamos... Y también me gustaba el ver a los árboles quedarse atrás, y los perros que venían ladrando envueltos en una nube de polvo, hasta que se cansaban y quedaban parados, meneando la cola y mirándonos con la lengua fuera, resollando y con los ojos vencidos... Y es que el hombre, por lo que inventa —como decía el abuelo— es el mayor animal de la creación y vence a todos. (No estoy muy seguro si decía "el mayor animal" u otra cosa parecida, pero yo lo entendía muy bien.)

Cuando atravesábamos la llanura a la caída de la tarde y el sol nos daba de frente, hacía tantos brillos en el parabrisas y en las conchas de las cortinillas, y en los niquelados, que parecía que íbamos metidos en una bombilla... y por ello todos nos poníamos la mano sobre los ojos y nos picaban las narices y estornudábamos. Y si el sol nos daba de lado, brillaban mucho los pendientes y los collares de las mujeres, y la sombra del auto, muy raquílica y muy estirada, con nuestros cuerpos dentro muy largos y

muy salidos, nos seguían todo el tiempo, sobre los surcos de la tierra, o los montones de piedras, o las árboles, o las fachadas de las casas..., subiéndose por ellas.

Cuando acabábamos el viaje, el Ford parecía cansado. Estaba lleno de polvo, echaba humo por el radiador, donde tenía la Victoria, y quemaba por todas partes. Si entonces, como solían, le echaban unos cubos de agua en las ruedas, el auto parecía agradecerlos y sentirse mejor...

Yo le tenía mucho cariño, porque el pobre Ford hacía todo lo que podía por darnos gusto... y, sobre todo, cuando le metían por barbechos y eriales para demostrar que era duro, el pobre cumplía muy bien, y con su paso borriquero y sus pedorretas, se saltaba todos los obstáculos como podía y sin quejarse jamás.

Cuando llovía, el pobre Ford también pasaba lo suyo: iba por barrizales y baches, con el parabrisas y las cortinas de concha cuajados de lágrimas; resbalando a veces, de barro hasta las puertas, pero sin pararse, como un valiente.... Luego, cuando se quedaba en la cochera, a mí me daba lástima dejarlo tan solo, tan helado, tan custrío de barro, tan derrotado.

Muchas veces oí contar en casa las dos grandes aventuras del Ford, que fueron cuando yo no había nacido o cuando era todavía muy tierno. La primera fué cuando, recién comprado, lo conducía mi abuelo, que como era muy nervioso y "de otros tiempos" (pues sabía conducir muy bien tartanas, tilburis y hasta jardineras de yunta), no guiaba bien el auto y chocó con un carro. Y ello le dió tanta rabia, que se bajó, le dió una patada al pobre Ford y lo dejó solo en medio de la calle. Tuvo que ir mi tío a recogerlo, y desde entonces ya no condujo más el abuelo, pues decía que "aquello no era para él".

La otra aventura fué cuando el tío José y el otro tío y papá, en vez de ir a Manzanares para matricular el auto, se escaparon con él hasta Madrid y se corrieron la gran juerga. Las mujeres siempre contaban esto con cara de un poco disgusto, y ellos se reían mucho porque aquello había sido "una hombrá". Y hablando de este percance fué cuando yo empecé a darme cuenta de que a las mujeres les gustan de los hombres las cosas que dicen que no les gustan, y de que los hombres, como lo saben, muchas veces hacen algunas cosas, no porque las deseen mucho, sino porque saben que a las mujeres les gustarán, aunque luego digan que no. Y es que, como decía el abuelo, la mujer es un hombre a medio hacer.... o como decía Lillo: entre el "sí" y el "no" de una mujer no cabe un soplo de aire... Y lo que yo sacaba de todo esto es que las mujeres no son hombres, ni chicos, ni gatos, sino como las nubes, que no son nada y toman la forma de todo.

Mi hermanillo, al Ford le llamaba el "pabú", y es que lo que más le chocaba era la bocina. Muchas veces me preguntaba yo cómo le habría llamado al Ford si no tuviese bocina.

Mi hermanillo, siempre que iban a subirlo al Ford temblaba, yo no sé si de gusto o de miedo, pero luego, durante el viaje, ya no temblaba, aunque sí iba como solivientado, con los ojos muy abiertos mirando a todos sitios y fijándose mucho en los trajines de mi tío, que conducía. Pero cuando se paraba el Ford, mi hermanillo parecía descansar y se bajaba de él con ojos más confiados..., pero al regreso, vuelta a temblar y vuelta a soliviantarse. Nunca conseguimos que se durmiese en un viaje.

Mamá montaba en el auto tranquila, pero con una cara de resignación, como diciendo: "¡Que sea lo que Dios quiera!"..., y cuando veía otro auto venir de frente, aunque disimulando muy bien, miraba hacia delante con un pelillo de miedo en sus ojos azules.

Mi tía y sus amigas, en cambio, iban en el Ford como en su casa: moviéndose mucho, riéndose y hablando a voces con mi tío... Hasta sacaban la cabeza por las ventanillas, miraban hacia atrás, cambiaban de sitio, se hacían cosquillas, o decían: "Venga, Pepe, más deprisa"... Mi abuelo iba en el auto muy serio y satisfecho y sin guiar—eso sí—, pero pensando para sus adentros que por aquel invento el hombre era el mayor animal de la creación, como él decía (o cosa así).

Años después, en casa compraron otro coche más moderno, y el Ford lo vendieron a un alpargatero, que hizo de él una camioneta, porque "era un motor muy bueno". Pero yo aunque el auto nuevo era mejor, cada vez que veía por la calle a nuestro medio Ford—pues el otro medio era carrocera—sentía bastante tristeza y se me despertaban muchos recuerdos buenos... Y entonces caí yo en la cuenta de que las personas mayores son menos cariñosas que los niños y que toda su ansia es tener cosas mejores.

F. GARCIA PAVÓN

# EL REFLEJO

¿Quién es esa muchacha que me mira allá abajo  
toda desnuda y pálida desde el agua del lago?

Tiene la boca roja; pero no ríe, seña.  
Tiene abiertos los ojos y acaso esté ciega.



A la revista  
ALJABA  
RZabaleta

Busco sus pies ahora... ¿Quién se robó la esca  
las plantas que debían ser pétalos sueltos?  
¿Dónde sus pies? ¿En dónde? Por hallarlos he hundido  
mis manos en el agua, y no hay más que los micos.

Marcos CHAMORRO

Dibujo de RAFAEL ZABALETA

# EL REFLEJO

¿Quién es esa muchacha que me mira allá abajo  
toda desnuda y pálida desde el agua del lago?

Tiene la boca roja; pero no ríe, calla.  
Tiene abiertos los ojos y acaso esté cegada.

Parece que suspira, otras veces que reza;  
pero no, si es humana ha de ser una muerta.

Una muerta de siglos que, venciendo a la muerte,  
mantuviera su cuerpo aún rosado y caliente.

Una mujer robada de la orilla una tarde  
por el largo deseo de este lago que yace.

Una ahogada, una amante de estas aguas tranquilas  
que por darse a sus brazos despreciara la vida.

¿Pero es carne su carne? Mas parece de cera.  
Puede ser una estatua, fría mujer de piedra.

Puede ser una estatua que bajara la lluvia  
de una ciudad lejana de infinita blancura.

Es mágico de muerte su misterioso sueño...  
Pero respira ¿entonces? ¡todavía no ha muerto!

Todavía no ha muerto porque es cierto, respira.  
En el agua se mece con su soplo de vida.

Débil soplo de vida que podría quebrarse  
si en el silencio éste una voz la llamase.

Entonces, si está viva, ¿a qué espera en el lago  
si aquí arriba palpita un rebullir de pájaros?

¿A qué espera si vive esta exótica diosa,  
si aquí arriba, divinas, cantan las amapolas?

Tiene los hombros dulces esta mujer extraña,  
finos hombros redondos como conchas rosadas.

Los dos picos morenos de sus dos pechos blancos  
parecen mariposas morenas sobre nardos.

Su cintura es un tallo donde acaso circule  
una guirnalda roja con destellos azules.

Un fresco vientre ondula con delgadez de agua,  
joven vientre suave con clamor de campana.

La cadera se alza, bellamente descende  
como línea de ola que en sus muslos se pierde.

Muslos que son sedosos, extrañamente firmes;  
casi no se precisa que un temblor los divide.

Parten erguidas piernas, gemelas piernas largas  
como mástiles firmes que la bandera izaran.

Busco sus pies ahora... ¿Quién le robó a la esfinge  
las plantas que debían ser pétalos sutiles?

¿Dónde sus pies? ¿En dónde? Por hallarlos he hundido  
mis manos en el agua, y no hay más que los míos.

Mercedes CHAMORRO

José Antonio SUAREZ DE PUGA

# TODO FUERON TUS VERSOS

A mi prima Fifina del Castillo  
gran poetisa cubana.

He bajado a la playa  
y he metido las manos en las aguas azules.

Me abrazaron espumas las muñecas,  
me jugaron las ondas en los dedos  
y sentí palpar, bajo las palmas,  
el calor de tus manos cariñosas.

La mar inmensa trajo tu mensaje  
desde la orilla opuesta.

He respirado hondo ante el paisaje  
y me embriagó el olor de tu perfume.

Te noté junto a mí, casi a mi lado,  
tuve la sensación de que aquel aire  
lo habíamos recibido los dos juntos.

He mirado la noche luminosa  
y allí ví rebrillar tus claros ojos  
y me llenó la paz de tus pupilas.

La estrella de la tarde, nuestra estrella,  
a los dos nos llamó en aquella hora.

Todo fueron tus versos, tus poemas,  
al traerme el hallazgo de tu alma;  
tu voz ala, exquisita, femenina,  
más blanca que la espuma,  
más dulce que la estrella,  
y más sutil que el aire.

Mario ALVAREZ ORTIZ

## CORAZON HECHO ROBLE

Corazón hecho roble,  
corazón escondido en el arca del tiempo,  
se ha endurecido y hecho roble de seco río.

Tú y yo solos aquí,  
aquí donde tan solo un roce se percibe,  
roce de acacia vieja,  
roce de corazón.

Ahora en estos campos,  
descansan doloridas las paces de la tierra,  
descansan los enanos nacidos cabizbajos,  
nacidos de las grutas de los hombres.

Corazón hecho roble,  
corazón roble herido  
tú pusiste en mí  
corteza de los árboles.

José Antonio SUAREZ DE PUGA

# PUBLICACIONES

**GABRIEL CELAYA.**—"Lo demás es silencio". Barcelona, 1952.—Abundantemente se ha proclamado por ahí. Y sin embargo no hemos de dejar de señalarlo, porque ésta fué la impresión que nos quedó tras la lectura: "Lo demás es silencio" es el más absoluto y pleno de los libros de poesía publicados en España en los últimos tiempos. Libro fundamental, amplio y trascendente este del gran poeta vasco, una de las más relevantes figuras de la poesía española actual.

Hondo problema este que el libro de Gabriel Celaya alienta a través de sus versos arrolladores y conscientes. Hondo y árduo, como el querer comentar en las pocas letras a que el espacio nos obliga las totales y numerosas facetas que, bruscamente, nos arroja encima "Lo demás es silencio". El poeta, con toda su viril y dramática sinceridad se funde con el hombre en un diálogo de cósmico latido, amplio y fluyente. Prometemos pues, ocuparnos de este poeta con la amplitud que merece.

"Lo demás es silencio", libro que pretende ser, y lo es, eco de un tiempo, nos arrastra hasta lejanas resonancias calderonianas; lejos, nos lleva, en su abundosa poesía, hacia el mismo Paraíso sugerente de Milton. Lejanas resonancias, digo. Porqué el diapasón cósmico del poeta está ancestralmente unido a la humana encrucijada que, aunque en diferente grado, lo fué siempre del hombre. Claro que esto, con lo que por ahí se ha dicho de la influencia del surrealismo francés y de Neruda, no pasan de ser un eco puramente anecdótico; porque la entraña poética de Gabriel Celaya está bien patente, y su voz, de personal, está ya al cabo de la calle:

"Aquí estoy con mi boina, mi sombra y mis zapatos,  
mi cuerpo, mi momento, mi idea intransferible,  
y nadie, nadie puede decir lo que yo digo..."

El golpe rudo, y la voz dolida de un mundo,  
claman, buscando el impulso del hombre. Porque,  
como dice,

"...todo en torno es presencia sin ojos que me busca..."

Y porque el hombre —encarnado en el Protagonista— perdido, busca, se obstina, cae y lamenta: "debe haber un error; no cabe sufrir tanto", y acuciado entre dudas, se sumerge para salir y entrar en la sombra.

"Ya soy otro. Soy todo.  
Ya no soy nada, amigos".

Todo está dicho de un modo tremendo y directo en este libro, lleno de latir humano y social. Tan tremendamente, que a veces la herida queda abierta en una circuncisión de firmezas e identidades pretendidas:

"Panadero, das panes; cuchillero, cuchillos,  
futbolista, alegría de victorias un domingo...  
Y todos cada día me renovais el gusto  
de ser un hombre entero..."

El libro de Gabriel Celaya, verdaderamente arrollador de ideas y de ritmo, es un libro de auténtica modernidad, muy por encima de cuanto, en poesía, se nos viene presentando con similares etiquetas. Y permítansenos el omitir los adecuados ejemplos...

Libro trascendente este. Pero libro que no dejó atrás su carga de bellezas marginales. No todo se queda en el fragor de la lucha. Gabriel Celaya poeta a la par que hombre, está presente en todas partes. Ahí está ese rosario, esa letanía de metáforas a la luna.

Y esto es... algo de lo mucho que cabe decir de este libro de Gabriel Celaya.—E. R. P.

**MARIO CAJINA-VEGA.**—"El hombre feliz" Madrid, 1952. El libro que del nicaragüense Mario Cajina nos llega es el total comprensivo de dos libros: "La Emoción humilde", y "La Piedra nadie". Amén de un ensayo sobre poesía, que, aun falto de cierta unidad, nos trae las más atinadas observaciones. Tal vez no sea ensayo en el puro concepto de la palabra, y sí glosa, o tal vez, sin llegar a complementarse, pase de lo segundo acercándose a su objeto desde sus posiciones diversas.

De los libros que "El hombre feliz" nos trae, nos quedamos con el primero, sin género de dudas. En él está más el poeta, y creo que hay más poesía a flor, aún dentro de la extraña forma de construir y decir, que nos inclinamos a creer modo, o modismo americano.

"Trópico" es un poema blancamente trazado. Un poema sencillo y emocionado, en el que está la verdad del poeta, como la está en "Parroquiano, olvidas" y en "El retorno". Muy bello, también. "Arbolito erguido". De hondura es el "Nocturno" primero. Y mucho más "La Piedra nadie", poesía ya más lejana del lector normal. Aunque, eso sí, con buenos hallazgos. Hay también dos dibujos de Cañas.—E. R. P.

**VARIACION.**—Gerardo Diego.—NEBLI.—Madrid.—Con el título de Variación, la colección Nebli da a la luz su segundo cuaderno. Comprende éste una serie de diecisiete sonetos de Gerardo Diego, algunos de innegable maestría. Como dice el mismo autor en la introducción, estos sonetos no constituyen un libro ni tampoco una antología. "Mas bien se juntan por puro capricho o casualidad". Forman, pues, un muestrario o variación a través de diversos libros suyos publicados e inéditos.

Gerardo Diego nos da aquí, una vez más, una muestra de su habilidad como sonetista. Los sonetos, de un clasicismo musical-imaginativo, tienen una límpida transparencia comparable a la de un cielo mañanero. A través de ellos la voz del poeta —pájaro en este cielo— pasa y repasa, asciende y

desciende, hasta metérsenos por los ojos del alma:

Vivir, vivir tan solo, sustantivo,  
existir, ser, estar, pura presencia,  
palma de mano abierta a la clemencia  
de la luz dócil y el calor pasivo.

„Dice el poeta, en uno de sus mejores sonetos,  
refiriéndose a su mero gozo de existir cada día ba-  
jo un sol bondadoso. Y en otro:

Sólo en la noche al fasto azul ardía,  
fuego azul, raso azul, azul vidriera,  
Por unas de tus plumas, ay, daría  
mi poesía alada y verdadera.

Evocando su niñez, lírica y lejana ya, como un  
pájaro azul. Porque el poeta se encuentra en esa  
época de la vida, en la que el hombre mira a su ni-  
ñez con una dulce angustia deseada.

Y siguiendo —salvo dos o tres de simple juego  
verbal— esa línea íntima, todos los sonetos del li-  
bro que, no obstante su manifiesta desigualdad  
temática, nos llega a interesar por lo que tiene de  
sencillez y espontaneidad.

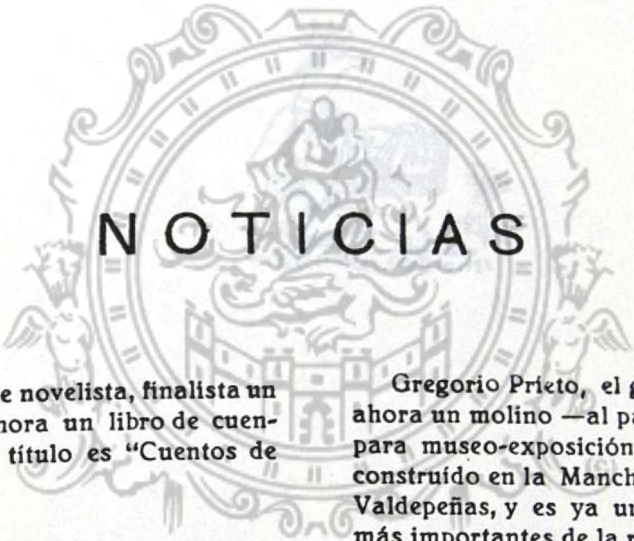
Núñez Castelo ilustra y la edición, dentro de  
su reducido tamaño, resulta bastante agradable.

F. M. LL

ANGÉLICA FERRARI.—La Cigarra y el Don.—  
Montevideo.—He aquí un libro de poesía auténti-  
camente femenina. Editado en Uruguay, su autora,  
también uruguaya, recoge una serie de poemitas a  
los que Roberto Sierra prologa con una bella carta.

“Su verso tiene garganta de paloma”, dice Ju-  
ana de Ibarburu. Aquí pues, está la mejor definición  
que podría darse de Angélica Ferrari.

Su verso es suave, casi dicho a media voz, y  
con una constante, cierta ingenuidad expresiva,  
muy americana. Hay canciones de una cierta belle-  
za, como “Vclero”, aunque a veces su ritmo se hace  
monótono en exceso. De entre los poemas del libro  
—muy bien editado, por cierto—, son de destacar  
“Lira para tus quince años”, “Merendando guindas”,  
“Esa Canción”, y “Recuerdo”. Hay a veces un zu-  
mo de sensualidad que, sin atenerse a razones apa-  
rentes, es divisor común de toda la poesía femenina  
que nos llega de América. En el verso mayor mues-  
tra una indudable maestría, como igual puede de-  
cirse en ciertos sonetos del libro.—E. R. P.



## NOTICIAS

García Pavón, el excelente novelista, finalista un  
día en el Nadal, publicará ahora un libro de cuen-  
tos. Lo dará “Insula”, y su título es “Cuentos de  
mamá”

\*\*\*

El pasado verano expuso en Santander el jien-  
nense Romero Marcos. Parece ser que la exposición  
tuvo su éxito. José Hierro elogiaba —y bien—al  
joven pintor.

\*\*\*

En Barcelona, próximamente, saldrá a la luz una  
nueva revista, “La luna negra”. La dirigirá José Ma-  
nuel Cardona, y será sin duda, una de las más inte-  
resantes publicaciones catalanas.

\*\*\*

Ediciones Aljaba, unida a otras publicaciones  
lanzaré ahora, desde Jaén, una nueva colección de  
libros de poesía. Entre sus números primeros hay  
libros de Juan Alcaide Sánchez, el poeta por quien  
tanto interés existe hoy en España, y del rumano  
Alejandro Bussuioceanu.

\*\*\*

Gregorio Prieto, el gran pintor español, tendrá  
ahora un molino —al parecer el mayor del mundo—  
para museo-exposición de sus cuadros. Ha sido  
construido en la Mancha, por el Ayuntamiento de  
Valdepeñas, y es ya uno de los centros turísticos  
más importantes de la región.

\*\*\*

“Mundo de la Sangre” es el título del próximo  
libro de Mario A. Marrodán. El libro se mantiene  
dentro de la línea de su anterior, y aparecerá en  
Palma de Mallorca.

\*\*\*

Gabino A. Carriedo tiene en preparación varios  
libros. El más próximo a aparecer es “Del mal, el  
menos”, y lo dará la Colección de “El pájaro de  
Paja”. La colección “Nebli”, por otra parte, sigue su  
tarea con éxito. “Quedan señales”, el libro de Ar gel  
Crespo ha tenido una favorable acogida, preparán-  
dose una segunda edición. Por otra parte, el libro  
próximo de esta Colección, será, según se anuncia,  
“Hombre triste”, de Rafael Millán.

# ALJABA

ARTE Y LITERATURA



---

Patrocinada por el Excelentísimo  
Señor Don Felipe Arche Hermosa  
Gobernador Civil de la provincia.

---

TIP. PALOMINO & JAEN